



Mel Ulrrich

EL SECRETO DE
TU NOMBRE

zafiro[♥]

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Prólogo

Capítulo 1. Otra piel

Capítulo 2. Dinero es igual a poder

Capítulo 3. Samir Al-Halabi Fasil

Capítulo 4. Cadena de decisiones

Capítulo 5. El amor que siempre quise

Capítulo 6. El mejor error de toda mi puta vida

Capítulo 7. Límites

Capítulo 8. El inicio de todo

Capítulo 9. El nacimiento de Alena

Capítulo 10. Gajes del oficio

Capítulo 11. Operación Dríade

Capítulo 12. El misterioso alemán

Capítulo 13. El poder del nombre

Capítulo 14. Nunca muestres todas tus cartas

Capítulo 15. Caras vemos, corazones no sabemos

Capítulo 16. El principio

Capítulo 17. Rota

Capítulo 18. Un camino sin retorno

Capítulo 19. Caminando sobre arenas movedizas

Capítulo 20. En la arena no hay amigos

Capítulo 21. El lenguaje de la piel

Capítulo 22. El reencuentro

Capítulo 23. El encuentro con la verdad

Capítulo 24. La traición viene de quien menos te lo esperas

Capítulo 25. Mi espejismo, mi cuento de hadas

Capítulo 26. Durmiendo con el enemigo

Capítulo 27. Cuando las caretas se caen

Capítulo 28. La Cobra Negra

Capítulo 29. Final feliz

Epílogo

Agradecimientos

Biografía

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora
bre

Descu-
Comparte

Sinopsis

¿Te imaginas tener que dejarlo todo por alguien a quien amas? ¿Te imaginas renunciar a todo incluyendo tu nombre? ¿Te imaginas tener que cambiar de piel para poder sobrevivir?

Así es ahora la vida de Ariadna, fingiendo ser alguien diferente, un nuevo rostro, una nueva piel, todo para poder llegar a ella y así salvarlo a él. Ya han transcurrido dos años desde que sucedió todo, y los recuerdos de su pasado son ahora tan lejanos que parece que no hayan ocurrido jamás. Pero cuando las esperanzas se desvanecen y el tiempo se agota, aparece la oportunidad de acercarse a La Cobra Negra y lograr su cometido.

Sin embargo, el amor y el deseo torcerán las cosas, poniendo en peligro todo por lo que sacrificó su vida.

EL SECRETO DE TU NOM- BRE

Mel Ulrich

zafiro 

A todos aquellos que aún no creen en el amor.

*Todas las historias de amor fueron verdaderas
historias de amor.*

No pierdan la fe.

Prólogo

Soy luz, soy oscuridad también. He usado muchas máscaras y demasiados cuerpos para una sola persona. Una actriz siempre interpretando un papel para no ser reconocida, pero tampoco para pasar desapercibida. Nadie conoce mi verdadero rostro. He cambiado tantas veces y vuelto a cambiar que ya no sé quién soy en realidad. Cuando todo esto acabe, ¿quién seré? ¿Qué sucederá conmigo? No puedo volver a ser la intérprete de antes. Ya no soy la que una vez fui, tampoco soy la que soy ahora.

Soy como una pantera sigilosa, mortal, siempre en la oscuridad, acechando. Crees que conoces mi verdadera piel, pero no sabes que estoy cubierta de manchas que me permiten camuflarme y estar al acecho. Cada una de las manchas es distinta; soy cada una de ellas, diferente a la otra. Pero la pantera sabe que es una pantera, yo, en cambio, no sé quién soy... Ya no.

Capítulo 1

Otra piel

Han pasado dieciocho meses desde que todo empezó, he agotado todas mis opciones y empiezo a perder la esperanza de poder librarme de esto algún día; desde luego, hoy no será.

Salgo de la ducha envuelta en un albornoz de algodón, mientras decido qué ponerme esta tarde. Otro viernes en aquel lugar, jugando a ser una distinta, fingiendo estar en otra piel. Aunque ya no estoy segura de hasta qué punto estoy fingiendo. Sólo puedes hacerlo cuando sabes quién eres en realidad y yo hace tiempo que no tengo la menor idea acerca de eso.

Me miro al espejo y me arreglo las ondas de mi ahora rubia cabellera. Hoy será mi primer día con esta nueva apariencia; he tenido que olvidarme de los carbohidratos, sobre todo de los rollos de canela para el café de la tarde. Resoplo algo molesta, pero intento mantenerme centrada y recordar todo el trabajo que me ha costado tener este aspecto.

—Esto tiene que acabar en algún momento, ¿no? —me reprocho frente al espejo y después me doy por vencida.

Preparo una ensalada César y me la como sin ningún apetito. Extraño una buena pasta a la boloñesa o una rica hamburguesa. Tengo que dejar de martirizarme con eso.

Comienzo a arreglarme. Son las tres de la tarde, el evento acaba de empezar. Ansío saber quién acudirá en es-

ta ocasión. En la anterior asistieron tres ministros, un embajador y un par de rusos que podría jurar que formaban parte de la mafia.

Resultó divertido terminar pateándole las pelotas al tal Serguéi cuando quiso ponerme una mano encima en contra de mi voluntad. Fue liberador, en parte terapéutico. Algunos hombres no llevan muy bien el hecho de que el poder lo tengamos nosotras, porque, al menos en mi caso, soy yo quien escoge al cliente.

¿Qué salió de positivo de todo eso? El acceso a su móvil y a todos sus movimientos. Hace dos días fue retenido en el aeropuerto por la policía y entregado a la INTERPOL. Como sospeché desde el principio, el tipo estaba metido hasta el fondo con la mafia rusa. Pensaba que después de eso y de toda la información que consiguieron gracias a mí se olvidarían del otro asunto, pero no fue así. Aún sigo aquí estancada, sin más planes que continuar escalando posiciones y subiendo de rango para que ella se fije en mí. Aunque transcurridos dieciocho meses ya he perdido la fe en que eso suceda.

Suena mi móvil y sé quién es antes de mirar la pantalla. Se deben de estar preguntando por qué aún no me he presentado.

—¿Diga? —Cojo el vestido blanco del armario y voy a por la ropa interior adecuada.

—Llevas media hora de retraso —gruñe al teléfono mi interlocutor. Seguro que no tiene nada mejor que hacer que andarme fastidiando.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué no estás aquí?

—Porque aún no han llegado todos los invitados. Pensaba que después de dieciocho meses en este trabajo lo

sabrías. Tengo que colgar. Llego tarde a un evento. —Le cuelgo mientras dice algo que no alcanzo a oír, porque, la verdad, no me interesa. Estoy hasta la coronilla de todos ellos. No veo la hora de poder largarme y dejar todo esto atrás.

Me miro en el espejo por última vez antes de salir del apartamento. Se me ve perfecta, justo lo que necesito. Se me hace imposible no pensar en cómo era antes de esto, en quién era. Parece que fue hace siglos, casi en otra vida. Ya no soy la misma ni física ni mental ni emocionalmente; me he endurecido, lo sé, porque era la única manera de sobrevivir a esta esclavitud que parece no tener fin.

—El *show* debe continuar. —Con una sonrisa pintada de rojo, decido salir a representar a este nuevo personaje.

Como de costumbre, cojo un taxi al hotel y una vez allí, pido en recepción que me dejen hacer una llamada. Telefono a Boris, uno de los chóferes encargados de transportarnos a los eventos en caso de que nosotras no podamos ir por nuestra cuenta. Y con esta pinta no puedo ir en mi descapotable rojo. En menos de cinco minutos, llega Boris y toca la bocina para avisar de que está aquí. Es un Mercedes negro de este mismo año, como todos los coches de la compañía.

—Buenas tardes, Boris —lo saludo cuando me abre la puerta trasera para que entre.

—Buenas tardes, señorita. —Me dedica una amable sonrisa y regresa al asiento del conductor.

Boris es un hombre de mediana edad, cercano a los cincuenta quizá. Un poco calvo y de cabello canoso, lleva un espeso bigote que me recuerda a mi padre. Yo sé su nombre, pero él no conoce el mío, sólo somos números y yo soy el número veinte.

—Hemos llegado —me avisa, antes de que alguien que no es él abra mi puerta y me ofrezca la mano para bajar.

—Gracias. —Le sonrío al moreno que hoy forma parte del protocolo del evento. El chico se sonroja de inmediato, sin poder creer que le haya dirigido la palabra. No logra decir algo coherente y lo dejó ahí soñando con lo que no puede tener.

* * *

—Y el evento por fin puede comenzar —me saluda Carlo con su voz ronca, guiñándome un ojo con su sonrisa sarcarrona particular.

—No iba perder el tiempo esperando a que esto se llenase. Ya me conoces. —Le toqueteo el brazo coqueta, como siempre. Es la forma en que he formado un vínculo con él, así es cómo consigo enterarme de quiénes están en la lista de invitados.

—Si realmente te conociera, me dejarías ver ese lindo rostro tuyo que se esconde bajo el antifaz. —Y se ríe, dándole un toque al antifaz blanco que me he puesto esta noche, a juego con el vestido. Todas llevamos uno para no ser identificadas por quienes no queramos—. Y ni aun así creo que pudiese conocerte. Tienes más rostros de los que mi mente alcanza a recordar, número veinte.

—Eso lo hace interesante.

—Oh, en eso tienes toda la razón. Porque cada vez vienen más tipos buscando un encuentro con la misteriosa Kitsune.

—¿Kitsune?

Me río. Es la primera vez que oigo que me llaman de esa forma. No soy un ser mítico, y menos de la cultura

oriental, pero entiendo la comparación y lo que significa; no tengo colas que convierta en representaciones, pero han sido varios rostros en estos dieciocho meses, mimetizándome con el ambiente para poder sobrevivir y ser notada por ella.

—Sí, un tipo lo dijo y los otros ya no pararon de usarlo para referirse a ti o a la versión que tienen de ti. Tanto es así que me han preguntado por ello desde arriba.

—¿Sí? —Mi corazón comienza a latir con fuerza, frenético. Esto podría ser lo que he estado esperando todo este tiempo. Por fin podría haber esperanza para mí.

—Sí. Querían saber si era verdad. Si existías. Te tienen el ojo puesto, cariño. Eso es significativo. Te esperan grandes cosas.

—Me has alegrado la tarde, Carlo. —Le doy un beso en la mejilla muy cerca de la comisura de los labios y me adentro en el salón, recuperando la confianza que estaba perdiendo. Todo parece estar dando frutos después de tanto esfuerzo y tantos sacrificios. En estos momentos no podría pedir nada más.

—¿Qué le sirvo? —me pregunta el barman detrás de la lujosa barra toda de cristal.

—Quiero.... —Me siento en uno de los taburetes blancos junto a la barra.

—Me da un whisky con hielo y un Día de la semana para la señorita. —Oigo su voz detrás de mí y una leve sonrisa se dibuja en mis labios—. No olvide el zumo de arándanos.

Siento un cosquilleo cuando su suave toque recorre mi espalda por la parte descubierta de mi vestido.

—Su Día de la semana, y su whisky, señor. —El camarero se marcha, tras servirnos las bebidas.